



**JOSEP ARTÍS, «Cafès cantants» i «Cafès teatrals».
Articles inèdits conservats al Fons Artís de l'Arxiu
Històric de la Ciutat de Barcelona)**

El café teatral descansó en el café filarmónico, conocido luego con el nombre de café cantante, del cual fué el primero una derivación. Aparecen el café filarmónico y el teatral tan estrechamente vinculados, que es materialmente imposible establecer el nacimiento del uno, sin precisar el origen del otro. Paso, pues, a disertar sobre el café filarmónico o cantante como medio de llegada al teatral.

Antes del año 1850 adoptaron algunos cafés barceloneses la práctica establecida en Francia, de obsequiar a la clientela con sesiones de canto, especialidad que como nadie ignora ha contado siempre entre nosotros con numerosos y entusiastas adeptos. Se cantó al principio en unos cafés de ínfimo orden, llamados vulgarmente «cafetines». En alguno de estos confiábase el programa a ciegos imploradores de la caridad pública, extremo que da idea de la categoría de los intérpretes. Tampoco el repertorio imperante más tarde en los cafés se recomendaba por ningún concepto. Clavé, que cantó por la

época en los cafés composiciones suyas que acompañaba él mismo con la guitarra, se precia de haber dignificado el género, monopolizado por autorzuelos ayunos de gusto y de inspiración. [...]

No tardó en operarse un cambio en el repertorio de los cafés, compuesto primeramente de rondeñas, soleares y seguidillas, piezas que aclimataron numerosos intérpretes de ambos sexos llegados de diversas regiones españolas, todos los cuales ponían sumo empeño en imprimir a las canciones marcado sello andaluz. Acopio reforzado luego con tonadillas y fragmentos de óperas. [...]

Duraban los conciertos, generalmente, desde las siete y media de la tarde a las once la noche. Huelga decir haber nacido el uso con la práctica. Cafés hubo que añadieron al piano cornetas, tambores y descargas de fusilería desasosegadores del vecindario. Tampoco las canciones acusaban el decoro y la discreción que el número privilegiado de Clavé infundiera a algunas de ellas.

Estos y otros defectos imputables a la modalidad teatral naciente no fueron obstáculo para que conquistase el café cantante, andando el tiempo, un lugar preeminente entre

nuestros espectáculos, circunstancia en la que influyó, bien que de modo indirecto, una compañía francesa de declamación venida por los años que me ocupan. Los actores franceses otorgaron señalado lugar al clásico vodevil, especie de juguete cómico musical de reducidas dimensiones. Los cantables espaciados en las tales piezas, de corte bufo más bien que cómico, iniciaron al público en un género entre picante y caricaturesco. [...]

El café cantante, tímido y balbuciente en sus albores, comenzó a soltarse en 1858, año en que llegó a los Campos Elíseos un cuadro de cantores franceses de ambos sexos. Se llamó entonces al conjunto, compañía. Lo de «troupe» se dijo muchos años después.

La Empresa de los Campos Elíseos habilitó para el nuevo espectáculo un escenario exprofeso levantado por Félix Cagé, escenógrafo francés llegado en 1847 para la inauguración del Liceo. Ubicado después aquí. Vacilante en cuanto al éxito de la tentativa, tuvo la Dirección de los Campos buen cuidado de advertir que carecía el espectáculo de importancia. Que se trataba de ofrecer al público un sencillo esparcimiento. Añadió que la actuación de los artistas franceses sería un ensayo, y que de resultar

este satisfactorio incidiría en mayor escala. Los cantantes ajustados para la exploración fueron dos señoras; Marianne y Florence, y tres hombres; Henault, Lange, y Berthod. La representación, terminada con un paso de Can-Can, iba de las ocho a las diez de la noche. [...] La entrada al concierto, libre para los concurrentes a los Campos, llevaba anejo el deber de tomar un refresco. Lo que en París se llama «consommation», y al solo objeto de ayudar a costear los gastos del concierto, dijo la Empresa, en su afán de ilustrar al público.

La novedad sentó a maravilla. Sin ser cosa extraordinaria, captáronse los cantores el aplauso y la simpatía del concurso integrado, dese luego, por una «sociedad escogida». El teatro construido por Cagé, titulado «Salón de Verano», bellamente decorado con guirnaldas de follaje y macetas con flores, obtuvo el asentimiento general. No envuelve el hecho nada extraordinario si se sabe que los cantantes de los cafés habían actuado hasta aquel momento en miserrimos tablados, ninguno de los cuales levantaba del suelo más de tres, o cuatro palmos. Sin más fondo ni otra luz, que los naturales de las salas. El marco dispuesto por Cagé había de causar, por fuerza, impresión

agradabilísima. No cuajó, en cambio, la obligación de refrescar, medida motivadora de no pocos disgustos y protestas. Para acabar con unos y otras resolvió la Empresa suprimir el refresco y cobrar las sillas a razón de un real por unidad. [...]

Dije ser la historia de los cafés cantantes un recurso para llegar a los que por el módico precio de la consumición corriente regalaban a la clientela con una representación teatral infinitamente más difícil y complicada de cuanto las características del recinto parecían consentir. Pese a su natural sencillez y modestísimo, merecen los cafés teatrales un lugar en los anales escénicos-locales. Probaré de recordar la coexistencia de algunos, en los que un público sencillo seguía atento la representación desde las mesas; en los que se practicaron no pocos actores y actrices aplaudidos, luego, en teatros de categoría. [...]

En 1856, dos años antes del ensayo del café cantante en los Campos Elíseos, de que he hablado, se abrió en la calle de la Princesa, acabada de estrenar, un lujoso establecimiento adoptante del título significativo que fue «Gran Café de la Música». Además de los duos y cabaletas operísticos cantados «por artistas de reconocida

inteligencia», diéronse en el «Gran Café de la Música» representaciones de zarzuelas en un acto a cargo de tres o cuatro personas. Corresponde a este establecimiento, amplio, bien decorado, con sus buenas 60 o 70 mesas, con doble salida a la calle de la Boria, haber sido el primero que, «para proporcionar la amenidad posible a los concurrentes» ideara obsequiarlos con representaciones teatrales, que eran presenciadas desde las mesas; haber superado, en fin, el repertorio habitual de los cafés. [...]

El Tívoli, de tan dilatada como honrosa ejecutoria, fue café teatral durante los años 1862, 63 y 64. Como lo fueron en sus comienzos los Campos Elíseos, el Prado Catalán y el Jardín de las Delicias, locales todos dispuestos para salón de baile; abiertos excepcionalmente al teatro en las noches de los días laborables. Los pequeños actos de zarzuela o verso —de zarzuela, comúnmente—, fueron sustituidos en ciertos cafés por obras de innegable empeño, incluso por magias divididas en numerosos cuadros. [...]

Lo cierto es que los cafés teatrales, modosos y simplistas, ayudaban a mantener vivo el culto a la escena, como lo es que su desaparición abrió la senda por la que habían de ir cuantos a pretexto de procurarse sensaciones más acordes



Llegir el teatre

LICEISTES I CRUZADOS
de Serafí Pitarra (Frederic Soler)

con el tiempo volvieron la espalda al arte teatral, goce
imperecedero al que profesamos un cariño y una lealtad
fortalecidos por los años.